

DE POLICÍAS Y MILITARES...

Víctor Meza

Se veía venir. Sólo los miopes por vocación o los ciegos de nacimiento no podían advertirlo. Están de espaldas al mundo y a la vida. No eran ni son capaces de medir las consecuencias de políticas erradas y medidas arbitrarias.

La creciente tendencia a militarizar – más valdría decir remilitarizar - el sector de la seguridad pública, es una decisión absurda y suicida. Más temprano que tarde produce consecuencias inesperadas y resultados negativos para la seguridad ciudadana. Basta ver los ejemplos de lo que ha sucedido en algunos países vecinos, y en otros un poco más lejanos, para sacar las conclusiones necesarias y aprender las lecciones debidas. Bastaría tan solo con estudiar un poco y leer algo más, que no sean los informes optimistas cargados de cifras tan maquilladas como irreales. Bastaría, apenas, con abandonar esa actitud arrogante y presuntuosa de creer que todo lo saben y que sólo ellos tienen la razón. Bastaría, en fin, con abandonar los espacios del “pensamiento ilusorio” y afincar con suficiente firmeza los pies sobre la realidad circundante.

Pero no. Los artífices de la remilitarización, como aquellos estrategas de la derrota que todavía sueñan con revivir el bipartidismo, viven de cara al pasado. No ven en el presente las nuevas opciones de futuro, sino apenas los rescoldos de un pasado reciente, tan funesto como lamentable. Quieren volver a los viejos métodos de la Doctrina de la Seguridad Nacional, justo en momentos en que la tendencia mundial y civilizada es hacia la seguridad democrática y participativa. Insisten en aferrarse a la “Policía militar”, cuando las nuevas corrientes en materia de seguridad se orientan hacia las “Policías comunitarias” y los programas de prevención. Remilitarizan cuando lo que se necesita es precisamente lo contrario: desmilitarizar la cultura que impregna los valores y costumbres de una Policía que, luego de haber estado hibernando durante 35 años en el calor complaciente de la matriz castrense, padece hoy un comprensible y lamentable déficit de doctrina policial auténtica.

La Policía que tenemos es hija directa, no siempre reconocida, de las Fuerzas Armadas. A pesar de que hace ya varios años, desde 1998 para ser más precisos, abandonó la placenta verdeolivo, todavía hoy, por desgracia, sigue conservando

muchos de los vicios – y ninguna de las posibles virtudes – que se derivan de una cultura excesivamente castrense y marginal.

Ahí siguen los oficiales clasificándose unos a otros según la promoción a la que pertenecen, privilegiando la antigüedad promocional por encima de la idoneidad profesional y la excelencia en el desempeño. Continúan acariciando ese espíritu de cofradía que los convierte en clanes de promoción, en hermandades funestas que sólo buscan el momento oportuno, el turno esperado, para promoverse en la escala hacia arriba y proteger sus intereses individuales aun a costa del perjuicio causado a la institución policial. Insisten en seguir atribuyéndose los grados militares (adelante, Coronel; saludos, mi General...), en menosprecio evidente de la nueva nomenclatura policial.

Las políticas de remilitarización han generado fracturas y celos al interior de la Policía Nacional. Chocan contra el deseo, legítimo por lo demás, de profesionalizar la función policial y proveer un hábito de dignidad al oficio de policía. Pero, además, esas políticas conducen a la proliferación de entes policiales diversos dentro de la estructura de la propia Policía Nacional. Más de una docena de nuevas agencias y unidades, llámense “fuerzas de tarea”, “agencias interinstitucionales” o simplemente “grupos élite” o “unidades especiales”, han surgido en los diferentes eslabones del sector seguridad, creando duplicidad de funciones, confusión en las líneas de mando y, al final, disolviendo la coherencia y unidad que requiere la investigación criminal y la represión del delito.

Ya se sabe que la proliferación de instancias policiales acaba, al final de cuentas, creando compartimentos estancos, celoso cada uno de sus propias fuentes de información, desconfiado de los demás y, por último, aislado y lejano del trabajo en equipo. Y, por lo mismo, esa proliferación institucional termina erosionando las líneas de mando y deformando la naturaleza jerárquica del ente policial.

Todo esto ya lo saben los policías profesionales. Pero, por si acaso lo han olvidado, es bueno que refresquen su memoria revisando la experiencia de Guatemala o, si se quiere, repasando las lecciones y experiencia de la Policía Nacional Civil de El Salvador. Ahí nomás están los ejemplos que nos podrían permitir corregir los errores, enmendar el rumbo y, en consecuencia, prevenir los conflictos y evitar la repetición lamentable de nuevas crisis en el sector de la maltrecha y casi ya colapsada seguridad pública.